

*Violencia simbólica y temática militarista en el nacionalismo radical catalán **

Enrie Ueelay-Da Cal

Resulta difícil discutir la temática militarista en el nacionalismo catalán. El militarismo es a la vez una actitud ideológica y una forma organizativa. El concepto suele ser utilizado en relación a la proyección política de las fuerzas armadas del Estado, y casi no se aplica a los fenómenos de ámbito «paramilitar», en la sociedad civil. Sin embargo, dentro del movimiento catalanista, la diferenciación interna entre moderados y radicales se ha basado de manera sostenida en la aceptación, o no, de un lenguaje que mezcla militancia y milicia. La tradición del nacionalismo catalán es muy antimilitarista en cuanto se refiere al Ejército español, pero, al mismo tiempo, hay una tendencia, minoritaria pero influyente, que reivindica la «lucha armada» contra el dominio español. Esta vieja contradicción se ha manifestado de diversas maneras dentro del discurso catalanista. Por un lado, ha establecido dicotomías como jóvenes contra viejos, o extremistas contra enchufados. Por otro, ha producido tan paradójicas confusiones como la reiterada ambigüedad entre la advocación del pacifismo y la afirmación del derecho a la autodeterminación como liberación violenta. No es sorprendente, pues, que el militarismo y la violencia hayan sido más una representación que una práctica.

* Agradezco a la profesora Susanna Tavera sus múltiples sugerencias acerca de este ensayo, sin que ello signifique responsabilidad alguna sobre lo que aquí se argumenta.

No es factible describir aquí de forma narrativa las interacciones de ideas y contenidos organizativos del catalanismo, o las de sus idealizaciones y planteamientos estratégicos, ya que por razones de espacio no pueden ser analizadas las situaciones políticas que se han sucedido en Cataluña a lo largo de un siglo. Tampoco se desarrollará un modelo global de la política catalana desde la relación entre españolismo y catalanismo. Sólo se pretende una interpretación de la violencia como construcción ideológica del nacionalismo catalán; siendo la pregunta por qué, durante un siglo, el catalanismo ha dado importancia verbal a la violencia, sin haberla ejercido.

1. Juventud, violencia verbal y protesta

Situar los antecedentes de la opción militarista catalanista equivale a plantear el proceso de construcción social de una identificación nacional, siempre desde una perspectiva muy reducida. Existe, por una parte, una experiencia histórica de la lucha armada y la insurrección, que no es precisamente nacionalista; por otra, una joven subcultura nacionalista radical que, como lectura unívoca, aspira a imponerse a la genérica cultura nacional, naturalmente ecléctica, informal y pasiva.

En general, la respuesta de la sociedad catalana a las formas de lucha fue contradictoria en los siglos XIX y XX. Como es notorio, falta una tradición catalana de carrera militar, aunque la interrelación entre burguesía catalana y altos cargos militares haya sido importante, al menos hasta el Sexenio revolucionario. Es más, la existencia de un desarrollo económico, digamos antiguo, así como el juego de mentalidades que la industrialización suscitó, pronto hicieron que el «enganche» no fuera en Cataluña una salida social atractiva para los más pobres. En cambio, la continuidad de formas irregulares de guerrear (partidas, milicias nacionales, Somatén), así como la experiencia popular acumulada en los conflictos civiles del XIX, aportaron un conocimiento todavía vivo en 1936 (la última Guerra carlista estaba a sólo sesenta años de distancia). Al mismo tiempo, esta memoria popular práctica se había mezclado con la idealización selectiva de determinadas iniciativas milicianas a favor del Estado (los sitios de Gerona y Tarragona, los voluntarios de Prim, los partidarios del «Xic de la Barraqueta», los «voluntarios catalanes» en Cuba). Esta heren-

Violencia simbólica y temática militarista

cia contradictoria hizo que el naciente ultracatalanismo hubiera recogido poco del pasado en cuanto a formas o experiencias de combate se refiere, quedando aparte personajes más o menos aislados que en algún momento adquirieron reputación por su apego al militarismo. Lo que el pasado ofrecía era una confusa mezcla de referencias, recombinadas en una retórica de lucha que partía de los esquemas teóricos del nacionalismo mayoritario y conservador, en construcción entre los años 1880-1920, y del que se diferenciaría una postura más radical sólo por la intensidad de su violencia simbólica. Así, el discurso ultracatalanista se distinguió del que era propio del catalanismo mayoritario, más por la insistencia en tópicos comunes, que por la existencia de unos clichés específicamente radicales.

La combatividad se identificó desde el principio con la juventud, suponiéndose que los extremistas decían en voz alta lo que los buenos patriotas pensaban en su fuero interno y que, por su aburguesamiento, no se atrevían a exteriorizar. El desarrollo de posturas nacionalistas radicales a partir del cambio de siglo fue una expresión de la formación de una clientela de servicios urbanos con la cual podía contar el nacionalismo moderado. Pero las formas combativas con que se expresó este ultracatalanismo se cruzaron con el desarrollo de los deportes de masas (excursionismo, fútbol, baloncesto). Los deportes se convirtieron así en un terreno simultáneo al de la definición política ultranacionalista, en una relación que era a la vez positiva y negativa, ya que si los centros deportivos fueron canteras propicias para el proselitismo, el marco de las organizaciones deportivas también fue un sustituto de otros canales de identidad política más militantes.

El resultado es paradójico. Para las capas medias catalanas, desde los años diez del siglo XX en adelante, entrar en contacto con el nacionalismo radical en el ámbito deportivo (en el excursionismo libre o en los *Boy Scouts* catalanes, en el fútbol o en el *basquet*) se convirtió en un «rito de paso» que, más o menos coincidente con la adolescencia, significa la primera politización o la primera inducción al sistema general de valores que agrupa genéricamente a los que hablan catalán. Casi todos los hombres de la amplia clase media urbana de lengua catalana lo han vivido así. Luego, en la medida que han experimentado otros pasos rituales —el primer trabajo estable, el matrimonio o el primer hijo— han accedido a otras definiciones políticas «adultas», más moderadas y realistas. Este proceso ha estado vin-

culado al papel de Barcelona como núcleo de centralización activa de la sociedad catalana desde la segunda mitad del siglo XIX. La inmigración interna catalana se concentraba en Barcelona, facilitando la urbanización creciente de las formas de vida rural, en especial a partir de los últimos años cincuenta, e incorporando cada vez más las comarcas a este tipo de mecanismo iniciático. Se refleja así el proceso por el cual el ultracatalanismo ha evolucionado desde una condición que era casi exclusivamente barcelonesa antes de la Guerra Civil (formado de manera predominante por inmigrados catalanes a la gran ciudad) hasta una dinámica que, manifestada en los últimos años franquistas, se convierte en expresión del resentimiento comarcal contra la macrocefalia de la capital.

El sentido transitivo, adolescente, del ultracatalanismo crea unos vínculos complejos entre los nacionalismos radical y mayoritario. Como son pocos los que no llegan a «madurar», los nacionalistas radicales son vistos como *quatre boigs*, cuatro locos a los cuales se les entiende y respeta porque les recuerdan a los demás su propia juventud. Así pues, existe en el catalanismo maduro, moderado y mayoritario, una actitud indulgente hacia el ultracatalanismo, que sólo se interrumpe cuando los radicales se ponen impertinentes. Por el contrario, el nacionalismo extremista se ceba a la hora de denunciar los errores y las traiciones del moderantismo a la sagrada causa nacional. En la práctica, ello ofrece ventajas a ambos sectores: mientras que los moderados demuestran sin esfuerzo su carácter razonable, útil en cualquier negociación con el Estado, los extremistas pueden exigir, en nombre de su pureza, cualquier tipo de ayuda.

La situación de los ultranacionalistas, políticamente organizados en una especie de «reserva» privilegiada, tiene una resonancia a la cual no pueden ni soñar con aproximarse grupúsculos de tamaño parecido, pero de ideología diferente. A la vez, han de contentarse con una clientela joven, inestable y muy difícil de fijar como base permanente. Peor aún, como la segregación sexual en los deportes facilita el sentido de *male-bonding*, o vínculo entre hombres, que se da en el nacionalismo radical, el ultracatalanismo tiene un carácter específicamente masculino, respecto al cual las mujeres son personajes excepcionales, siempre gracias a heroicidades casi masculinas, pero nunca como consecuencia de una presencia colectiva integrada. Esto da un contenido machista a la proyección, incluso propagandística, de los grupos ultranacionalistas. El machismo sirve para reforzar el

permanente reclutamiento adolescente y las connivencias con aquellos mayores, que han dejado atrás idealismos más extremistas, pero entienden las exaltaciones juveniles. Igualmente y en la medida en que la sociedad catalana ha envejecido globalmente a finales del siglo XX, este simplismo varonil ha sido capaz de atraer una proporción creciente de viejos verdaderos, de la llamada «tercera edad»; respondiendo éstos a otro paso ritual, vivido nostálgicamente, el de la pérdida de vínculos (matrimonio o trabajo) con el conjunto de valores «adultos». Mas el machismo imperante limita el acceso al mercado político real, determinado por los valores colectivos que rigen la diferenciación social de la sexualidad.

En resumen, el desarrollo de la sociedad civil ha tenido un carácter especial a lo largo de los siglos XIX y XX, ya que gran parte de las asociaciones catalanas han fomentado un sentido de identidad con amplias repercusiones sociales. Se puede hablar, sin redundancia, de una «sociedad civil catalanista» dentro de una más extensa sociedad civil catalana. El resultado es una especie de tautología social, en la que una amplia gama de agrupaciones saben que forman parte de la Nación porque, simplemente, practican rituales de cariz nacionalista. Esta noción circular de «comunidad imaginada» ha permitido la formación con el tiempo de un *establishment* catalanista. Este no se identifica con la burguesía catalana, ni mucho menos con la industrial, y no es ni tan siquiera el de los ricos, pero ejerce un significativo poder social en tanto orienta la «sociedad civil catalanista» y ofrece vías de promoción interna que, sin ser muy lujosas, garantizan la base social del movimiento catalanista como conjunto. En efecto, el proyecto común del catalanismo a lo largo de un siglo ha consistido en definir la «sociedad civil catalanista», como consustancial a la sociedad catalana. Este argumento ha permitido establecer un acceso suficientemente sólido al poder político como para asegurar la promoción de su base mediante el patronazgo y a expensas de otras clientelas, consideradas como no genuinamente catalanas. Naturalmente, un proyecto de esta naturaleza ha permitido numerosas discusiones acerca de cómo controlar la promoción y acerca de los sectores o minorías a favorecer. Este viene a ser el debate interno del catalanismo. Pero el debate externo, bien con el españolismo, bien con el obrerismo, se sitúa de hecho sobre el mismo terreno. Ni siquiera hace falta decir que las discusiones internas y externas se expresan en términos muy diferentes por parte de todas las partes interesadas.

2. Discurso común y sociedad civil

Como no existe una tradición de servicio público o militar en la sociedad catalana contemporánea y sí una especie de anti-tradición de la lucha armada irregular, el militarismo es un asunto que define actitudes a favor o en contra del Estado español y trae consigo contenidos y consecuencias altamente simbólicas. Incluso dentro del propio movimiento nacionalista, el tema militarista provoca de manera automática posturas diferentes.

En general, las actitudes catalanistas mayoritarias han preferido la búsqueda de soluciones políticas al pleito nacional (el cliché del «pactismo»), cortejando a la vez el antimilitarismo popular (el rechazo a las quintas o la «mili», el miedo a autoritarismo y golpismo, el desprecio por el *miles gloriosus*). Esto se ve claro en la crisis militar de 1905-1906, con la campaña periodística que culminó con la quema del *Cu-Cut!* y la Ley de Jurisdicciones. Dentro de este discurso, el Ejército español sería «el otro», frente la laboriosa, productiva y seria sociedad catalana. Así, la «civilización» catalana era oprimida por una «barbarie» castellana, triplemente onerosa por ser retrógrada, feudal y militar. Sin duda, esta idea del retraso español, expresado bravuconamente ante la sociedad civil catalana, ha sido uno de los puntos más «progresistas» de la oferta ideológica del nacionalismo catalán, primero desde la Unió Catalanista (1891) y, luego, desde la Lliga Regionalista (1901). Conectaba con genuinas preocupaciones populares y obligaba a las izquierdas catalanas, bien a aceptar su pauta, bien a asumir posiciones incómodas (por ejemplo, Lerroux) de defensa del Ejército como expresión del Pueblo «español» y no «catalán». No es sorprendente, así pues, que el principal teórico de la Unió Catalanista, el Dr. Martí i Julia, partiera de este mismo esquema, ya establecido por Prat de la Riba entre otros, para argumentar que el imperialismo era la expresión de fuerzas sociales feudales contrarias a una sociedad industrial, capaz de «socializarse». De estas formulaciones se nutrirían los grupos juveniles de la Unió al crear un separatismo político después de 1916. Es fácil ver la sintonía con interpretaciones parecidas de contemporáneos tan significados como Guglielmo Ferrero, Karl Liebknecht o Joseph Schumpeter. Al mismo tiempo, la queja central del catalanismo mayoritario insistía en que, gracias a los prejuicios feudales, el Estado español

desatendía a Cataluña y los catalanes tenían que suplir la insuficiencia de servicios provocada por un Estado «bárbaro» e ineficaz. Su «civilización» urbana y asociativa demostraría que eran capaces de generar por sí solos todo aquello que el poder central prometía, pero era ineficaz de crear, sirviendo la administración local, una vez catalanizada, «en funció d'Estat». Con tal renovación institucional, se sentarían las bases educativas, culturales y científicas de una sociedad específicamente catalana que, por el solo hecho de ser moderno, sería diferente.

Ahora bien, hubo una línea minoritaria catalanista que le dio la vuelta a este argumento, vinculando el rechazo a «l'Espanya eterna», siempre dispuesta a aplastar a los catalanes por las armas, a una respuesta armada propia, siendo desde este punto de vista la defensa de la función de Estado más clara. Lo contrario al imperialismo sería la lucha de liberación nacional, más justificada aún por tratarse de la guerra de un pueblo civilizado contra un ocupante bárbaro. Así se definió una corriente de nacionalismo catalán duro, que ha soñado con la separación (o la independencia, que no es lo mismo), por medio de un militarismo antiestatal. Este esquema ha dado pie a una identificación continua que va desde la formación del primer *escamot* (o escuadra) a principios de los años veinte, hasta el lema de «Nació armada, nació respectada» de Terra Lliure en el invierno de 1986-87. Pero el mismo argumento puede ser leído al revés. La metáfora colonial en clave de barbarismo militar español y civilización catalana ha podido dar como resultado lógico una no-violencia militante, que va desde la fascinación de Macià por la figura de Gandhi (aparte de leerlo, llegó a prologar la edición castellana de la biografía de Romain Rolland) hasta las campañas de Angel Colom, primero en la Crida y después en una transmutada Esquerra Republicana. Si la desaparición de la guerra es el ideal de toda persona civilizada, la prueba de la inferioridad española es su recurso a la fuerza. Cuanto más democrática pretendiese ser España, más asumible debería ser para ella la demanda catalana de autodeterminación. El militarismo (muy teatral y con poca trascendencia social) y la no-violencia (bastante agresiva socialmente) vienen a ser expresiones del mismo juego de actitudes. El público principal de esta representación sigue siendo el *establishment* catalanista. El objetivo es el control del acceso a la «sociedad civil catalanista» como proyecto «en funció d'Estat», o sea, plazas administrativas o puestos de trabajo reservados para una oferta monolingüe en catalán.

Actitudes como éstas, marginales o no, se han podido mantener sin grandes cambios a lo largo del tiempo. Una vez definidos sus parámetros ideológicos durante los años treinta, el catalanismo se convirtió con rapidez en una construcción social de remarcable estabilidad. Más que como ideología formal con textos y exégetas, como conjunto de actitudes, roles y rituales en los que ha participado una parte importante de la población urbana y rural hasta hoy. Esta auto-definición ha conseguido permanecer estable porque, tras fijar sus parámetros ideológicos iniciales, su desarrollo ha sido paulatino y seguro. Esta «comunidad imaginada» (uso el término de Benedict Anderson), aunque conscientemente construida como esquema conservador, ha tenido la suficiente flexibilidad como para recoger la antigua tradición decimonónica de la izquierda catalana ante la cuestión nacional (o sea, el federalismo), abriéndose así no sólo a la «comunidad imaginada» nacional republicana, sino también a la reinterpretación del obrerismo, por amalgama, es decir, mediante «comunidades imaginadas» explícitamente *no nacionales* y sí sociales. La muestra de este proceso se puede encontrar en la modificación del componente católico del catalanismo, fuerte si no dominante hasta la dictadura primorriverista y visiblemente minimizado después, en la autonomía republicana. Al mismo tiempo, la construcción originaria conservadora y, por tanto, restrictiva de la «comunidad imaginada» permitía apelar a la pureza. O sea que el catalanismo, como «comunidad imaginada» nacionalista *pura*, excluía no sólo la experimentación social, sino también cualquier «comunidad imaginada» no nacionalista.

Esta mecánica funciona así porque el modelo inicial es una legitimación *histórica* -incluso, historicista- del «hecho diferencial» expresado en el lenguaje revolucionario liberal. La imagen de la revolución, realizada por una sociedad moderna contra un Estado reaccionario y feudal, puede ser desarrollada en dos direcciones: fundiéndose con las interpretaciones revolucionarias institucionales (republicanas) y sociales (obreristas) o, por el contrario, retrayéndose y tendiendo hacia un racismo cultural. Sin embargo, las imágenes que configuran este tipo de legitimación histórica son, sobre todo, literarias, siendo los componentes descriptivos o transmisores que las difunden muy eclécticos (la historia popular novelada, su escenificación dramática, los cromos de chocolate para niños o, para los más sofisticados, la literatura política o jurídica, con la divulgación del Derecho

civil catalán). Esto hace que las fronteras de la «comunidad imaginada» resulten ambiguas y se resistan a intentos de definición ideológica más rígida. Definirse sería reducir un común denominador, tan lentamente construido: sería perder base y apoyo y, por tanto, todo intento de acentuar el explícito contenido ideológico de la «comunidad imaginada» catalanista ha tendido más a la retórica que a la concreción, más a la representación que a la acción concreta.

La tendencia retórica tiene, pues, una causa indirecta. La fuerza de la síntesis política confeccionada con elementos de legitimación histórica radica en una fórmula participativa, al margen de la política activa: vendría a ser lo que Hobsbawn y Ranger han llamado «tradiciones inventadas», entendiendo siempre que, si se acepta la premisa de la «sociedad de masas», a la larga bien poco queda que no esté de una u otra forma inventado. El cemento del catalanismo como fenómeno social, la manera en que la base asume las ideologías, tiene poco que ver con aquellas teorizaciones más o menos jurídicistas que caracterizan el pensamiento de sus portavoces. La adherencia es poco teórica y, por el contrario, muy emocional, ya que parece derivar de la relación directa (luego «real») con la vida social, estando el acceso afectivo compuesto por un proceso acumulativo de rituales concéntricos. El catalanismo, entendido como consumo político, se vive, por tanto, como secuencia de múltiples conmemoraciones o actos que, desde mediados del siglo XIX, han experimentado un proceso de popularización. Estos signos de identidad incluyen no sólo el sardanismo, los «castellers», la «diada nacional» del 11 de septiembre, el día de San Jorge o la simbología de los nuevos deportes, sino también el nuevo contenido patriótico que se da a fiestas religiosas tradicionales, la reforma lingüística de Fabra o la división comarcal de Pau Vila.

Vistos como conjunto, estos rituales configuran la manera corriente de percibir la sociedad civil catalana. Por esta misma razón, son la expresión del «hecho diferencial» que hace que los catalanes se sientan distintos de los españoles. Puede que una parte importante de estos rituales de identidad sea análoga a dinámicas identificadoras en otras sociedades españolas y es hasta posible que la secuencia catalana forme parte de un proceso generalizado de microidentificaciones. Dicho de otra manera, las fiestas locales como expresión de amor a la «patria chica», la esterilización de bailes o deportes populares y el papel simbólico de los grupos corales, entre otros ejemplos

de sociabilidad equivalente, son hechos comunes no ya en el País Vasco, sino también en Andalucía, Extremadura o las Castillas. Lo que no existe en otras partes, al menos hasta ahora, es la secuencia completa, es decir, ir desde las celebraciones del santo patronal hasta la confianza que da el uso habitual del idioma estandarizado por la clase media de los centros urbanos.

Según en qué y en cuántos rituales participe, cualquier persona queda tipificada en Cataluña, de acuerdo con una escala de patriotismo socialmente reconocida, aunque en permanente discusión. La asistencia a fiestas y poca cosa más, sería el estilo pasivo, pero «simpatío», de un inmigrante no-catalán o de un extranjero, lo que contrasta con la negativa militante de un españolista local. Pero serán emblemáticas de una postura más radical la participación en muchos actos y, sobre todo, la insistencia en utilizar agresivamente aquellos códigos de autodefinición que son potencialmente elásticos (negar rotundamente las provincias y sólo aludir a lugares por comarcas, por ejemplo, o ser un monolingüista tajante en catalán). Esta escala está gráficamente representada en catalán coloquial por la designación de los ultracatalanistas como «els de la ceba» (literalmente «los de la cebolla»), combinándose la imagen de las capas con la obsesión («ceballut» es alguien que no puede pensar en más cosa que una cebolla) y la estupidez («ceballot» es un estúpido).

En resumen, todos estos rituales tienen en común su naturaleza participativa y definitoria. En tanto que participativa, la implicación en cualquier acto de la secuencia será «normalizadora»: marca una norma de conducta nueva, asumida por cada participante y por la colectividad, que devuelve ésta a su supuesto estado original. A su vez, la «normalización» es definitoria por excluyente: significa no participar en otros actos de signo contrario. El hecho de que todo esto exaspere visiblemente a los españolistas (que siempre han hablado de «cuatro intelectuales inventándose un país») sólo acentúa el placer derivado de la nueva identidad que, en cualquier caso, no es ni más ni menos flamante que la simbología o las «tradiciones inventadas» del repertorio nacional español. La divulgación de la legitimación histórica -en el fondo, querer demostrar que el pasado es presente- se realiza a través de «tradiciones inventadas» que, al ser nuevas, dan pie a la afirmación de un futuro realizable [«Som i serem gent catalana, tant si és vol com si no és vol», según verso de Angel Guimerà en «La Santa Espina» (1907), una conocidísima sardana, que du-

rante largos años ha servido como himno nacional alternativo, desafiante pero menos truculento que «Els Segadors»] 1.

Para disfrutar de un marco interpretativo que es, a la vez, sencillo, operativo y legitimador, sólo falta añadir el decorado mental, y asumir pasivamente, como verdad absoluta, la edificación de un «Pasado Nacional» específico, con mayúsculas (como todos los demás Pasados equivalentes), popularizado en folletines de mediados del siglo XIX por Víctor Balaguer o Antoni de Bofarull, escenificado en catalán por el dramaturgo Angel Guimerà, y justificado científicamente por el historiador Antonio Rubió i Lluch. De hecho, hay un programa implícito —pero, además consciente— en el patrón conceptual del nomenclátor del ensanche barcelonés, una guía de calles diseñada por Balaguer en 1864, corregida y aumentada posteriormente, sobre todo por los regionalistas de principios del XX. Los héroes militares contra Felipe V (Casanova, Villarroya) están acompañados por luchadores patrióticos medievales (Conde Borrell, Conde de Urgel) y por los arquitectos del imperio catalano-aragonés (Muntaner, Lloria, Rocafort, Roger de Flor, Conrad Llança, Berenguer de Entenza, Bernat de Vilamarí), junto a las victorias de la llamada Guerra de Independencia (Bruch, Gerona, Tarragona —y Bailén—), todo ello cortado por las instituciones civiles (Consejo de Ciento, Cortes Catalanas —y Diputación—), el recuerdo territorial del propio imperio (Aragón, Mallorca, Valencia, Provenza, Rosellón, Córcega, Nápoles), encontrándose todo en la Plaza de las Glorias Catalanas. Hay pocos nombres de espíritu menos marcial: sólo tres autores (Balmes, Aribau, Ausias March), un pintor (Viladomat) y un músico (Granados, que tras su muerte en la Primera Guerra Mundial reemplaza la antigua designación de Universidad). Se dispone, por tanto, del Pasado como de un repertorio de referencias históricas que invita a los catalanistas conscientes (derms») a la acción sin claudicaciones («No afluixeu!», «Via fora, catalans!», «fora grillons!», etc.) 2.

1 Literalmente, «somos y seremos gente catalana / tanto si quiere como si no se quiere» (La sardana fue extraída de una ópera catalana con música de Morera, llegando a ser tan popular que fue formalmente prohibida bajo el franquismo). Véase ALBET, M., «La Santa Espina», *Gran Enciclopedia Catalana*, Barcelona, 1979, vol. 12.

2 El nomenclátor oficial actual (1980) recoge errores populares, como confundir Llança, un pueblo ampurdanés, con el vasallo siciliano de la corona aragonesa Conrad Llança —sin acento—, héroe de la aventura de los catalanes en Oriente. Son *slogans* habituales del nacionalismo radical histórico: «¡Firmes! ¡No aflojad [en las reivindicaciones]! ¡A la calle [a luchar], catalanes! ¡Fuera grillotes!».

Si se asume con literalidad el discurso genérico del catalanismo parece inevitable la conclusión. En las palabras frecuentemente citadas del canónigo Jaume Collell, posiblemente el más importante publicista del nacional catolicismo catalán de finales del XIX: «No captem lo dret de viure, / dret que no's compra ni's ven; / poble que mereix ser lliure, / si no li donen, s'ho pren» (<<Sagramentah, 1888). La furia batalladora del poema —eco de poemas suyos anteriores, igualmente premiados en juegos florales— se disipa al final con un «¡Visca lliure Catalunya/dintre el reialme espanyol!»; evidentemente, Collell, notorio por su combatividad escrita, nunca pensó seriamente en la lucha física que él cantaba³. También es verdad que los cantos a la Patria suelen ser sanguinarios (notoriamente, los himnos nacionales), sin que nadie espere que sean tomados literalmente.

3. Deportes y violencia simbólica

Las «tradiciones inventadas», claves para la definición de una postura «dura» ultranacionalista, se concentran en los deportes organizados. El crecimiento deportivo estuvo muy ligado a la expansión del asociacionismo catalán a lo largo del Ochocientos, tanto en sus formas sociales (las mutuas) como en el terreno propiamente ideológico o político. No es éste el sitio para matizar las idealizaciones que el proceso «inventivo» ha hecho del núcleo asociativo: el círculo de la sardana o la «colla de castellers» (el «castell» o torre humana) son metáforas facilonas, con gran propensión hacia el *Kitsch*, para el sentimiento de identidad subyacente a la «comunidad imaginada» y para las formas de colaboración que genera.

En cambio, la «penya» catalana —concebida socialmente como encuentro en Jugar y hora fija, abierta a más contertulios que los regulares— es una fórmula que, con facilidad, se convierte en una en-

³ Literalmente el poema reza: «No mendiguemos el derecho a vivir / derecho que ni se compra ni se vende / un pueblo que merece ser libre, / si no se lo dan, lo torna». Véanse otros poemas suyos como «Montserrat» o «A la gent de l'any vuit». Véase PÉREZ DE OLAGUER, A., *El canónigo Collell*. Barcelona, 1933. COLLELL en cierto sentido formó trío con sus amigos TORRAS I BAGES (*La tradició calalana*) y el poeta «CINTO» VERDAGUER, clérigos como él. Véase REMISA, M., *El origen del catalanisme conservador* i «*La lleu de Montserrat*», 1878-1900, Vic, 1985, con un estudio preliminar de J. M.^a Fradera.

tividad para fines diversos, inscribiéndose luego en el registro de asociaciones. «Penyes» deportivas se desdoblaron así en grupos políticos, o al revés. La «penya» es el núcleo fundamental del asociacionismo catalán. De hecho, cualquier organización sociopolítica, desde un partido hasta un sindicato, ha comenzado en una «penya». De ahí que la marcada tendencia del sistema político catalán —al menos, hasta la monarquía parlamentaria de los años setenta— haya tendido hacia la afiliación indirecta, lo que a su vez ha sostenido una multitud de «ateneus», «casinos», «casals» y «centres», surgidos todos ellos de su respectiva «penya». Es interesante el contraste entre la «penya» y la cuadrilla. Si bien se parece a la «penya», en la cuadrilla o «colla» todo es al revés: un grupo móvil, que tiene un trayecto fijo en vez de una «sede», que es un círculo cerrado, privativo y casi defensivo ante lo que los miembros consideran ajeno. Mientras que la realidad de la «penya» ayuda a entender como el ultranacionalismo se ha disuelto siempre en el contexto de la «sociedad civil catalanista», la cuadrilla, por ejemplo, va ligada en el País Vasco a la pervivencia de actitudes nacionalistas duras como el fenómeno ETA. Asimismo, en Cataluña, la «colla» es un grupo cerrado de hombres jóvenes, potencialmente agresivo y muy vinculado al desarrollo del ultracatalanismo. Sin embargo, la dinámica asociativa global de la sociedad catalana no deriva de la lógica de la cuadrilla, en contraste con Euskalherria, y sí de la «penya», agrupación de hombres adultos, no de adolescentes (o de adultos manteniendo los vínculos adolescentes). La incorporación al mundo, a través de las «penyes», implica la participación en la responsabilidad adulta, relegando a un segundo plano las amistades fervientes y las actitudes propias de la adolescencia.

El excursionismo fue el primer deporte en Cataluña, el que generó las fórmulas asociativas iniciales y, significativamente, el único que fue invención propia, o sea que no fue una importación de la moda anglo-americana de *jair play* competitivo. El excursionismo es, por excelencia, una actividad de «colla», con un discurso de autodescubrimiento, muy próximo a las preocupaciones adolescentes: hurgar en raíces históricas o telúricas, saliendo de la vida urbanizada para contemplar una realidad «más real» o profunda. Su contenido ideológico es, por tanto, inmediato, como búsqueda de la revelación nacional, y éste será su sentido en sociedades como la alemana, donde pegó fuerte el entusiasmo por recorrer los senderos de la patria.

En Cataluña, como en otros sitios, el excursionismo ha perseguido un fin militar *sublimado*. La primera asociación excursionista fue

iniciativa de una docena de señoritos que, entusiasmados con un montañismo de combate mazziniano sin salida literal posible, formaron la «Societat x» en 1876. Sin embargo, la sublimación cambió con la divulgación progresiva entre los dependientes u oficinistas de las pocas agrupaciones juveniles que crecieron alrededor de la Unió Catalanista en los últimos años del Ochocientos, ampliándose luego esta propagación, tras la creación del «Centre Autonomista de Dependents del Comerç i de la Indústria» (CADCI) de Barcelona en marzo de 1903, con sección excursionista a partir de abril. Para los trabajadores del sector de servicios, muchos de ellos originarios del campo, «fadrísterns» que dejaban el lugar al «hereu» y buscaban trabajo en la capital catalana, el redescubrimiento de sus raíces se unía a la concienciación nacionalista. Proliferaron los CADCI (después de 1920, filiales en Sabadell, Reus, Terrassa, Girona, Lleida y Manresa), y también se multiplicaron las asociaciones excursionistas: en 1904, 4 en Barcelona y 4 en comarcas; en 1923, 38 Y 36 respectivamente; en 1936, 156 Y 137. El CADCI fue decisivo en la popularización de los deportes de élite -esquí, tenis, el mismo fútbol (sus socios fundaron el Club Barcino y existían relaciones privilegiadas entre el Centre y el «Barça») -. En su local se fundó el primer núcleo de *boy-scouts* catalanistas -los «Joves-Estels»- en 1912-1913.

En la medida que el sector de servicios urbanos se concienció en sentido nacionalista, su manejo se hizo más difícil para la Lliga. En principio, ésta contó con su apoyo electoral, pero en 1914-1918, ya sólo lo dominó a medias. Estando implícito el programa ideológico de combate, el excursionismo sirvió como base asociativa para la formación de los primeros partidos separatistas: la Federació Democràtica Nacionalista (FDN, entre finales de 1918 y enero de 1919); Acció Catalana (junio de 1922), cuya «ala militarista» se organizó como una «Societat d'Estudis Militars»; y Estat Català (fundado en julio de 1922 con los restos de la fenecida FDN). Toda la experiencia y la fama de lucha del catalanismo militante se desarrolló a partir de este ámbito en los años de la dictadura primorriverista. En resumen, la definición de una postura nacionalista radical fue, de entrada, la definición de un sector sociológico: el de servicios urbanos, centrado en el CADCI, con un paradójico conjunto de valores ideológicos: la afirmación de la «Catalunya-ciutat», metropolitana y civilizada, superior a la España agraria y primitiva, y, a la vez, la idealización del campo catalán, de la «muntanya», como zona donde se perciben, por exce-

lencia, los verdaderos valores raciales de la personalidad colectiva catalana. Es un juego doblemente paradójico, ya que apela a un racismo implícito, pero abierto, a partir de la aceptación del idioma. Quien hable el idioma acepta la carga simbólica y es, por tanto, aceptado sin problemas, por mucho que sus apellidos sean exóticos.

Este mecanismo elástico de identificación cuajó entre la segunda y la tercera década del siglo XX, en el momento en que las «tradiciones inventadas» de la cultura nacionalista adquirieron solidez, forma, entidad y cuerpo social. Con la etapa «populista» de la Esquerra Republicana (1931-1939), toda esta realidad quedó definitivamente sellada como cultura nacional, al cruzarse los pasatiempos lúdicos de raíz popular, definidos a partir de la segunda mitad del XIX, con la extensión popular de los deportes burgueses de reciente cuño. Entre los primeros, destacan el movimiento sardanístico, los grupos de «castellers», el movimiento coral de origen republicano y su adaptación católica de finales de siglo. Entre los segundos, despuntan el excursionismo, el más antiguo; el fútbol, de cambio de siglo; el baloncesto, de los años diez y con gran expansión en los veinte.

Hay que entender que éste es un proceso muy selectivo en cuanto a las tradiciones que se inventan, se reinventan o se adaptan: la vieja tradición marinera popular, por ejemplo, desaparece sin dejar rastro, y deportes burgueses que se popularizan -como la natación, el ciclismo o el esquí- nunca tendrán identificación simbólica como parte de una nueva, y supuestamente vieja, esencia patria. No es falta de promoción, ya que el ciclismo, por ejemplo, se codificó pronto con una «volta a Catalunya» (1911). Al contrario, la promoción sólo funcionó cuando el contexto social lo favorecía. Así, la celebración libresca del día de San Jorge nació como fiesta nacional de una operación comercial para lanzar el «Día del Libro» a finales de la dictadura primorriverista; coincidió en 1930 con la campaña de recatalanización inspirada por la Lliga desde la Diputación barcelonesa y se mantuvo, como acto patriótico, durante la República. Bajo el franquismo, fue una reivindicación fácil del catalanismo clandestino, que pudo llegar hasta la «transición» como algo aparentemente ancestral.

Lo que define la incorporación de cualquier actividad a la tradición nacional reconocida es su aceptación por las capas medias urbanas. Hasta la Guerra Civil, los trabajadores de servicios organizados en el CADEI fueron la vanguardia ideológica del proceso, habiéndose establecido esta dinámica antes de la Dictadura. En la medida

en que el regionalismo político (encabezado por profesionales liberales, no por industriales, como se suele decir) estaba preocupado por el monopolio del catalanismo, codificó sus actividades estableciendo una interpretación coherente del pasado, presente y futuro de la nación. Para que el mensaje prendiese, debía ser difundido por la clientela pequeño burguesa y urbana de la Lliga, o sea, por los «senyores Esteve», los «botiguers» o pequeños comerciantes, y por los «Este-vets», sus dependientes.

La consolidación paradójica de la confusión entre «comunidad imaginada» y sociedad civil vino a través de la represión primorrista, cuando ésta legitimó como patrióticas muchas actividades que hasta entonces habían tenido una repercusión social escasa. Fue entonces cuando, al popularizarse y cargarse de sentido catalanista el conjunto de rituales, éstos pasaron a ser un código de identificación a gran escala: por ejemplo, fue la clausura del campo del Barça en 1925¹⁰ que vino a dar sentido definitivo a la pugna futbolística entre barcelonistas y españolistas, pudiendo vivirse a partir de entonces todo el ciclo anual de partidos y copas, de derrotas «injustas» y éxitos gloriosos, como una vida política simbólica, paralela, pero tan o más intensa que la real, con los ecos amplificadores de su prensa especializada, sus escándalos, denuncias y cacicadas. Esta representación simbólica, simplificada y violentísima, ganó fuerza bajo el franquismo y es, en el actual sistema, un referente emotivo necesario.

La relación entre catalanismo radical juvenil y moderado adulto tiene mucho que ver con la representación simbólica a través de los deportes. Los deportes populares son en muchos sentidos una interacción entre diferentes edades masculinas. Como observa Christopher Lasch, «el público en los deportes está formado, en gran medida, por hombres que los han practicado en su juventud y han adquirido así el sentido del juego y la capacidad para distinguir entre niveles de excelencia»⁴. La relación política entre jóvenes y adultos refleja la misma pasión que provoca un juego espectáculo como el fútbol, más aún cuando la dimensión simbólica de este deporte es tan explícitamente política como en el caso catalán. Tanto es así, que la naturaleza sobredimensionada del fenómeno «hincha» ha controlado a la expansión del radicalismo nacionalista. En vez de servir como cantera para el desarrollo de una fuerza extremista, participar en los deportes como

⁴ LASCH, e., *The Culture Of Narcissism*, Londres, 1979, p. 106.

espectador activo confirma la salida de la adolescencia y, al mismo tiempo, nutre las fantasías agresivas de la identificación ultranacionalista. Así, el seguidismo deportivo refuerza indirectamente las posturas mayoritarias de la vida política catalana.

Resumiendo, el ultracatalanismo debe ser entendido de la manera más sencilla, como la radicalización de 10 que dice, pero sin que necesariamente 10 cumpla, el nacionalismo moderado (sea la Lliga, la Esquerra en los años treinta o el «pujolismo» actual). Esto significa que ultracatalanismo y nacionalismo moderado comparten una misma «comunidad imaginada», siendo el fenómeno reforzado por la aparición simultánea en la «sociedad civil catalanista» de organismos para la formación individual y colectiva que han canalizado su interacción (el CADCF, el excursionismo popular, y el movimiento «escolta» de los *boy-scouts* catalanes por contraste con los «exploradores» españoles). En la medida en que el *establishment* catalanista, naturalmente más viejo y moderado, ha intentado controlar estos organismos para orientar así el conjunto de la sociedad civil, las respuestas juveniles surgidas desde el mismo catalanismo contestan esta orientación y, al mismo tiempo, comparten sus objetivos finales. Pero este proceso también implica que el ultracatalanismo tiene un techo de clientela social: no llega hasta los obreros y será visto sin interés, como algo vulgar, por los burgueses de verdad.

4. La temática militarista

Así pues, tenemos un campo para la construcción ideológica nacionalista catalana en el que actúan elementos contradictorios. La conflictividad en el pasado de la sociedad catalana es contemplada como la presión del militarismo aristocrático contra el pacifismo campesino o menestral, existiendo la posibilidad alternativa de interpretar toda insurrección popular como una respuesta nacional. De esta manera, el anti-imperialismo de Martí i Julià y el imperialismo utópico del Prat de la Riba maduro [*La Nacionalitat Catalana* (1906)] se dan la mano, quedando justificada una posible salida armada que, aunque entendida como irrealizable por el momento, no deja por ello de ser legítima. Más aún, la síntesis no es posible gracias a que el ultracatalanismo, menos teórico, se quedará con Martí y con Prat como sus guías ideológicos casi exclusivos, hasta el añadido de la marxistización en los años sesenta.

Así pues, el nacionalismo catalán -como todo nacionalismo y, probablemente, como cualquier otra corriente política que llega a funcionar como tradición- se compone de afirmaciones muy ambiguas, que asumen la existencia de posibles contradicciones internas. La misma propensión histórica a autodefinirse en términos de «catalanismo», cubriendo así un amplio terreno que va desde regionalistas, federalistas y autonomistas hasta independentistas, es una muestra clara de este sentido de ambigüedad que puede ser observado, igualmente, en el uso de términos, como «separatismo», ya envejecidos, o en el de otros, como «autodeterminación», tan en boga. Aunque «militarismo» no sea una palabra política muy favorecida en el desarrollo léxico del nacionalismo catalán, es evidente que existe una voluntad clara, si bien muy minoritaria, de sostener ideológicamente la virtud de las soluciones «armadas». En el momento mismo -la segunda década del siglo XX- en que el ultracatalanismo fue definido como una corriente política con carácter propio y como una forma distintiva de organizarse, surgió la primera ambigüedad congénita: confundir la militancia más intensa, de cuño nuevo, con la combatividad paramilitar. El problema, desde entonces hasta hoy, ha sido cómo dar contenido práctico a lo que es sentido como una expresión retórica. Aunque sus partidarios se vean a sí mismos como portavoces de soluciones prácticas, la voluntad militarista ha sido a lo largo del tiempo una afirmación complicada y contradictoria, más proyección que sustancia.

La gran tesis del ultranacionalismo ha sido la necesidad de establecer una unidad nacional suficiente para que Cataluña se «nacionalice». Su frustración es, sin embargo, que, en un contexto electoral, les abandona el «voto útil» del sector sociológico propio (y, no digamos, el de los demás). El uso de la fuerza, la polarización obligatoria que comporta la lucha y la imposición de la disciplina son, así, impulsos poderosos hacia la militarización: lanzar una lucha armada verdadera sería una manera (¿la única?) de superar la reiterativa trivialidad electoral. Como rezaba con optimismo el mejor cartel de Estat Catala durante la Guerra Civil: «Raó i Força», la razón que ya se tiene y la fuerza que la impondrá. Este mismo argumento, que funciona hacia fuera, puede ser invertido y aplicado hacia dentro, hacia las propias filas ultracatalanistas. El nacionalismo radical catalán, en cuanto a formaciones políticas-electorales, recuerda la vieja broma sobre la divisibilidad del trotskismo: allí donde un trotskis-

ta es la unanimidad, dos trotskistas delatan la existencia de una fracción y tres trotskistas forman una escisión obligatoria. Los debates sobre la táctica adecuada y, en particular, sobre la orientación a tomar para orientar la táctica han dividido vez tras vez toda formación política ultracatalanista. Un sector político minoritario y, además, marcadamente inestable sueña con una fórmula organizativa que, como la militarización, logre por la fuerza la unidad de *todos* los nacionalistas en una misma lucha.

Pero las ventajas unitarias de la militarización también tienen costes, repetidos a través del tiempo. En primer lugar, la preocupación por el militarismo confunde fácilmente táctica y estrategia: al primar la organización paramilitar, los objetivos adquieren una apariencia inmediata que lleva a simplificaciones atractivas, pero que resultan ser planteamientos políticamente inoperantes (como, de manera análoga, la preocupación electoral, cuanto más exitosa, más rápidamente hace olvidar aquellos fines estratégicos que parecen más lejanos). En segundo lugar, la militarización conlleva una fuerte tendencia a la jerarquización y a la autolegitimación al definirse el sector radical como un «Ejército de Cataluña», combatiendo por la liberación. No obstante, la fuerza del nacionalismo moderado, capaz de lograr un peso institucional (la Lliga con la Mancomunitat, la Esquerra con la Generalitat republicana, o el «pujolismo» con la Generalitat monárquica), hace que los patriotas soldados de Cataluña tiendan a ponerse a las órdenes de *su* Presidente, aunque resulte ser una mala política.

El grado en el cual la violencia se ejercita más en la ideología que en la práctica 10 da un repaso a la evolución del pensamiento estratégico del nacionalismo radical. Las primeras insinuaciones de una opción militarizada, con la «Societat X» en los orígenes del excursionismo asociativo, tienen un claro regusto neo-carbonario. Se tardó casi cuarenta años en popularizar el excursionismo entre los trabajadores del sector de servicios y entre los obreros manuales especializados que se identificaban con sus actitudes. Esta popularización dio una nueva dimensión a posturas verbales de lucha, acercando la práctica a la retórica en aquellos núcleos pequeños que se empezaban a acostumar a los combates callejeros en enfrentamientos con republicanos españolistas o con germanófilos en el momento de la Primera Guerra Mundial. El conflicto internacional difundió una imaginaria beligerante por todas partes y, en consecuencia, los modelos organizativos que resultaron excitantes fueron los de los «sokols» de

checos y polacos, los «cazadores» finlandeses, los «voluntarios» irlandeses y, en un sentido contrario, la exaltación del encuadramiento imperial británico estilo Baden-Powell. La influencia de estos ejemplos servirá para distinguir a los nacionalistas militantes de los regionalistas. Así, por debajo de los rótulos de partido, se formará la infraestructura del nacionalismo radical, un conjunto que ha sido llamado el «complejo excursionismo - "seout"- milicia».

Sin embargo, la experiencia central en este proceso fue la agitación con que se pretendía enviar voluntarios catalanes a Francia, en imitación de la «Legión Garibaldina» que los nietos del famoso revolucionario organizaron en los primeros meses de la contienda. En Italia, los *neogaribaldini* se convirtieron en el vínculo entre la experiencia de «lucha armada» del Ochocientos y la del nuevo nacionalismo, tan intervencionista en la Guerra europea como en la política civil. Los «arditi» d'annunzianos o mussolinianos no son realmente más que la redefinición de los *neogaribaldini*, una vez trasladada su técnica de «guerra nacional» desde el escenario internacional a los enfrentamientos callejeros. Algo de esto ocurrió en Barcelona en 1919, donde se produjo, igual que en Milán, la confluencia de nacionalistas, republicanos, futuristas y extremistas socializantes diversos, para crear un movimiento que se parecía mucho al fascismo mussoliniano del mismo año. Sólo hubo dos diferencias, pero éstas fueron fundamentales. Macià no tuvo el camino de la izquierda bloqueado, como le pasó al apóstata Mussolini y, por tanto, no tuvo que enfrentarse al movimiento huelguista revolucionario. Para Macià sí estaba vedada, en cambio, la aproximación a los militares (en este caso, él era apóstata) y a la derecha, es decir, lo que fue la gran salida de Mussolini. Así, los dos movimientos *simultáneos* divergieron, uno para llegar pronto al poder estatal y el otro para no ir muy lejos. Con todo, es importante ver cuán lejos pueden llevar la representación de la violencia y la reticencia catalanista ante su ascensión real.

La expansión asociativa de grupos excursionistas de los años 1917-1923 nutrió la base de los partidos ultranacionalistas surgidos ante lo que se suponía era la fosilización del regionalismo «burgués». También sirvió como inspiración de la preparación paramilitar clandestina de los núcleos activistas que prosperaron dentro de la FDN, de Acció Catalana o de Estat Catalá, posturas éstas especialmente exaltadas durante la agitación nacionalista del verano en 1923. La represión antiseparatista de la Dictadura primorriverista abrió para-

dóxicamente el panorama organizativo al hacerlo totalmente clandestino. Así, los fracasos de la resistencia nacionalista a Primo de Rivera (el frustrado atentado de «Bandera Negra» al tren real en Garraf en 1925, la caída de la «Societat d'Estudis Militars» poco tiempo después, el *fiasco* de la intentona de invasión y revuelta de Macià en 1926) no sólo se convirtieron en victorias morales. Además, abrieron el camino al sueño de «formar a la juventud» combinando el *clzarakter-buiLding* de Baden-Powell con un contenido patriótico propio, capaz de abrigar un sentido doble, cívico y militar, al menos para los cuadros juveniles catalanistas.

Las fórmulas organizativas que trajo consigo el éxito de Macià en 1931 y la creación de un poder autónomo catalán pre-estatutario abundaron en esta línea, creando un espacio común entre grupos excursionistas, movimiento *scout* juvenil, con milicia clandestina incorporada. Aunque se rechazase el republicanismo corno español y la autonomía corno insuficiente, se podía trabajar a través de las nuevas instituciones para fortificar la base del nacionalismo, incluso preparando la insurrección. Por ejemplo, Josep Ma. Batista i Roca, el organizador de «Palestra» («Joventut Nacional de Catalunya»), no sólo reclamó la bendición de Baden-Powell, sino que formó un grupo secreto, «Ormica» («Organització Militar Catalana»), para la preparación paramilitar de su agrupación cultural-juvenil. Quien más quien menos hizo lo mismo. Dencas y Badia, desde el partido gubernamental catalán, organizaron los «escamots» de las Juventuts d'Esquerra Republicana-Estat Catala. Daniel Cardona, nacionalista anti-Macià, orientó una «Organització Militar» dentro de su Nosaltres Sois! (OMNS). La tentación del oficialismo o la posibilidad de usar algún aspecto del poder autonómico, se combinaron así con el planteamiento, tan típico de los años treinta, de organizar un «frente» juvenil o un frente nacional. El oficialismo nacionalista fracasó estrepitosamente en el alzamiento del 6 de octubre de 1934; pero, vistas desde el sector ultracatalanista, estas mismas alternativas siguieron manteniéndose vigentes hasta el final de la Guerra Civil. Dentro del caos de los primeros meses de la Guerra, los ultranacionalistas aceptaban lo que para ellos era provechoso y patriótico: la creación de un «Exercit de Catalunya», que dependía de la Generalitat, la creación de una «Escola de Guerra» catalana o de agrupaciones militares especializadas, corno la «Companyia d'Esqui del Regiment Pirinenc núm. 1», o, ya bajo mando militar republicano, el «Batalló de Muntanya Pirinenc» vasco-catalán.

La militarización que la Guerra Civil impuso a toda la sociedad española, afectó a los ultranacionalistas catalanes, por mucho que éstos hubieran querido diferenciar su militarismo del estatal. Así, no pudo resistirse a la reivindicación de una postura militarista la revista *Quaderns de l'exili*, publicada durante 1943-1947 en México y uno de los más coherentes intentos de relanzar una plataforma catalanista, militante pero sin nostalgias por el legado republicano: sus colaboradores incluso firmaban con la graduación de 1936-1939. En Cataluña, los catalanistas militantes contestaron a la dura postguerra como pudieron, trabajando con lo poco que se podía salvar del asociacionismo excursionista y juvenil, estando abocados a pactar con los católicos catalanistas, los cuales podían ofrecer resguardo y protección eclesiástica ante las pretensiones hegemónicas del falangismo. Esta «recatolización» del nacionalismo radical, que ya era de los sectores más católicos del abanico republicano catalán en 1931-1939, marca el continuismo de las formas y referencias a la tradición ideológica ultracatalanista.

Esta continuidad no fue puesta en duda hasta la marea de marxistizaciones que siguió al «Mayo francés» de 1968. De hecho, el esquema idealizado de una posible resistencia a la francesa de 1944 -con maquis o lucha callejera para culminar en un alzamiento urbano- no se diferenciaba demasiado de las proyecciones que hacían los militaristas catalanistas antes de 1936. Se mantenía vivo en los corazones de los más activos como la herencia espiritual de la principal organización nacionalista radical, el Front Nacional de Catalunya (o FNC, creado en 1939 como fusión de los múltiples sectores descontentos con la experiencia de Estat Catala durante la Guerra Civil, opuestos al sector procomunista de este partido). Con la escisión del FNC que creó el Partit Socialista d'Alliberament Nacional (PSAN) en 1969, esta visión ideal heredada se mezcló de forma explosiva con las varias modas insurreccionales del momento: el «foco guevarista», la «guerrilla urbana» de los tupamaros, o el tercermundismo, reflejo de la intervención estadounidense en Vietnam. Ante las clarividencias doctrinales que se producen de la mezcla de lo viejo y lo nuevo (el símil colonial, la analogía con la opresión racial de los negros en USA o Sudáfrica, sobrepuestos a la convicción de ser un país unido ante el intento de «genocidio fascista» y la «ocupación militar»), quedaba la convicción de que «los vascos», o sea ETA, presentaban un modelo adaptable a circunstancias catalanas. Tras los grandes cam-

bios geopolíticos de 1989-1991, y ante la mayor eficacia policial franco-española, parecería que en 1992-1993 sería la dinámica de «los catalanes», o sea, la de la ERC independentista, la que ofrecería una salida al extremismo vasco.

Así, tras el juicio de Burgos (octubre-diciembre 1970), 10 que para la «intelligentsia» catalana fue una vía de agitación y protesta equivalente a los hechos parisinos (el encierro en Montserrat a mediados de diciembre), para núcleos jóvenes nacionalistas, combinados con viejos activistas, fue el momento de construir una nueva infraestructura de «lucha armada». Se sucedieron intentos, más o menos interrelacionados, entre diversas cadenas de conocidos que van desde el FAC (Front d'Alliberament Català en 1969-1972) hasta el confuso episodio del Exèrcit d'Alliberament Català en 1978-1979 o el experimento de Terra Lliure a partir de 1979. En la medida que Terra Lliure ya se ha quemado en 1991-1992, se hace visible un proceso de transformación en el discurso: la experiencia de la Crida a la Solidaritat (fundada en 1981) Y luego, en 1987-1989, el asalto al control de ERC por dirigentes salidos de la Crida, han permutado el razonamiento del militarismo por su contrario aparente, el de la no-violencia, en tono verde, sin que ello signifique un cambio de intensidad emotiva. La explicación está en que la función de protesta adolescente, el rechazo al *establishment* nacionalista, siempre electoral, «realista» y «adulto», se cumple perfectamente tanto en un discurso simbólico como en el otro. Es más, en escenarios favorables, ambos confluyen y se mezclan, como en la moda del «Rock nacionalista» catalán, cuyo éxito ha coincidido con la bajada del militarismo de Terra Lliure. Igual que pasa en los deportes, las letras de canciones y la agitación emocional de los conciertos cubren la misma función que la acción armada.

5. Un espacio sociológico para interacciones generacionales

El extremismo nacionalista -volvemos a insistir en ello- queda definido como una zona de ejercicio masculino, donde la rara hembra que aparece es la excepción que prueba la regla, lo cual presenta una limitación clara a la expansión de la base de apoyo. El machismo es, pues, el primer impulso a la tentación militarista. Este mismo reduccionismo hace que el nacionalismo radical tenga un marcado re-

gusto juvenil, como límite definitivo. Así, el ultracatalanismo es una especie de «pecado de juventud», por el cual pasa gran parte de la capa medida urbana catalana, sobre todo barcelonesa. Es casi una necesaria iniciación política, abandonada con la primera madurez. Otra vez, la excepción confirmadora es la presencia destacada, entre tanto adolescente, de unos cuantos viejos «de corazón joven» (como el mismo Macià).

Todo ello ayuda a explicar por qué el ultranacionalismo alcanza un eco social importante, siendo tan minoritario (Molas dice acerbadamente que «la escasa fuerza del separatismo catalán políticamente organizado es la característica más constante en la historia del catalanismo»)⁵. El extremismo nacionalista ha ejercido como definidor de la cosmogonía catalanista contemporánea y puede aún hoy ejercitar el papel del censor. Al ser ésta una experiencia iniciática colectiva, se establece una interacción clara entre políticos maduros y activistas jóvenes. Los primeros rechazan, pero comprenden y protegen los ardores juveniles, ya que los pueden utilizar contra posibles enemigos, externos e internos. Los segundos denuncian las claudicaciones de sus mayores a los valores comunes, pero se benefician de la protección del nacionalismo moderado.

La configuración de un sector sociológico nacionalista radical no ha sido automática; ha coincidido cronológicamente con la consolidación definitiva de las «tradiciones inventadas» que caracterizan la cultura nacionalista catalana en el siglo XX y con su parcial conversión en cultura nacional. De hecho, se pueden ver claramente varios ciclos generacionales en el desarrollo de las formas paramilitares. Un primer ciclo fundacional se gestó en los grupos juveniles formados alrededor de la Unió Catalanista entre 1895 y 1905 aproximadamente; iniciándose en 1918-1919, al recoger el estilo neogaribaldino disfrazado bajo la imagen insurreccional irlandesa de 1916, llegó a la «intelligentsia» de la Lliga hacia 1922; y floreció plenamente como propuesta organizativa durante 1923, para desarrollarse como intentos autónomos de combate durante los primeros años de la Dictadura de Primo de Rivera (1924-1926). Tras una breve interrupción, se canalizó hacia la convergencia local con otros sectores insurreccionales obreristas y republicanos, culminando en la fracasada revuelta

⁵ MOLAS, T., *El sistema de partidos políticos en Cataluña (1931-1936)*, Barcelona, 1974, p. 85.

«constitucionalista» de 1929 y en el alzamiento republicano, también fracasado, de 1930. Ya bajo la República, los partidarios de la línea armada nacionalista se fragmentaron en múltiples corrientes ideológicas, opuestas entre sí, y manteniendo, sin embargo, el contacto para la realización de ejercicios prácticos, lo que facilitó un proyecto de unificación. Este se encuadra en el plan de rebelión impulsado por los «separatistas» (Dendls y Badia) del gobierno autónomo catalán el 6 de octubre de 1934.

El fracaso rotundo de la Revolución de Octubre en Cataluña-en realidad poco más que una algarada- y el ridículo profundo que hicieron los nacionalistas cerró la lenta expansión ultracatalanista y llevó a una sucesión de experiencias, cargadas por la sensación del anticlimax. Primero, se enfrentaron a la difícil reorganización de 1935-1936. Luego, sobrevino la Guerra, que desorientó al militarismo catalanista porque, aunque no era *su* guerra, era de «los españoles», era el ataque devastador del españolismo fascista, el enemigo externo, y el de la revolución anarquista, el enemigo interno. Tras la derrota, el verano de 1939, negó una nueva reorganización para vivir la clandestinidad, favorecida por la primera parte de la Segunda Guerra Mundial, hasta la caída de Francia en mayo de 1940. EHo implicaba ayuda francesa y -más complicado-- británica, para sostener *reseaux* de espionaje. Finalmente, la cadena de decepciones y caídas ante la policía franquista, y de desilusiones con la política de las «democracias occidentales» ante el régimen español, se fue alargando hasta finales de los años cuarenta, dejando espacio sólo para alguna pequeña y casi deportiva actuación de propaganda testimonial en los duros años cincuenta y sesenta. Todo este ciclo de actividad nacionalista incorporó gente nacida en los años ochenta y noventa de siglo XIX, junto a los nacidos en la primera década del nuevo siglo, cubriéndose con estas generaciones la resistencia a la dictadura de Primo. Los nacidos en los años diez, que se incorporaron durante la República, fueron los que nevaron adelante el sueño del combate contra el franquismo, acompañados por algunos nacidos en el primer lustro de los veinte, que son los más jóvenes que negaron a ser activos o iniciados durante la Guerra Civil.

En los años sesenta se inició un nuevo ciclo generacional, ahora con una aceptación pasiva de la mitología catalanista, más tomada como verdad histórica que como proyecto en construcción. Los nuevos militantes estaban dispuestos, por tanto, a la experimentación crí-

tica, con modelos políticos innovadores. Serán visibles, así pues, las raíces vivas de catolicismo post-conciliar y las alusiones a la lucha anticolonial o las insinuaciones de neo-maoísmo, todo ello crecientemente cruzado con la idealización de la experiencia vasca. Esta renovación se dio junto al abandono del recuerdo de la tradición federalista catalana y, en consecuencia, se pudo pasar a la reivindicación de la independencia explícita, sin las ambigüedades autonómicas del «separatismo». Marcado por la ruptura de las viejas organizaciones históricas y la creación de nuevos núcleos organizados, el segundo ciclo de las formas militares nacionalistas surge de gente nacida en los años cuarenta, con algún que otro mentor de la generación de la Guerra Civil. Fue incorporando promociones hasta mediados de los años ochenta, generando éstas una teoría y una práctica de lucha armada que difieren del pasado cualitativamente.

En las nuevas promociones, sin embargo, predominaba gente formada bajo el impacto de la expansión económica que en los años sesenta transformó la vida comarcal catalana, haciendo llegar al interior del país la industrialización, la urbanización y, con ellas, los inmigrantes de fuera de Cataluña. Hasta entonces, estos efectos se habían circunscrito a Barcelona y su entorno, el área a la cual se había dirigido el excedente poblacional del campo catalán tradicionalmente. Se inicia de esta manera un cambio de enfoque en el nacionalismo radical que, una vez más, no inventa conceptos ni imágenes nuevas y sólo recoge elementos del discurso común, poniendo el acento en aspectos hasta entonces minimizados. Así, el primer terrorismo de Terra Lliure empieza en la zona de Tarragona, devastada por un flamante e irracional complejo petroquímico. Entre finales de los setenta y los ochenta, se recogieron, por tanto, los temas y estilos de moda juvenil. La identificación con los guerrilleros tercermundistas fue pasando a un discreto segundo plano para ser relevado por formas nuevas de agresividad retórica, como la objeción de conciencia «ética» y no religiosa, el ecologismo medioambiental o la desconfianza hacia el centralismo barcelonés, como un añadido al antiestatalismo. El antimilitarismo, centrado en el renovado odio al servicio militar obligatorio, tuvo varios efectos significativos. Derivaba de una afirmación de derechos ante el Estado asistencial y esgrimía el sentimiento de que la exigencia de los deberes era injusta y de moralidad dudosa. Así, permitió que se canalizara el descontento juvenil hacia formas contestatarias en las cuales el componente militarista se transmuda

en un pacifismo agresivo que confía en su superioridad moral. Esto ha permitido, primero, la aparición de movimientos asamblearios, como la Crida a la Sodilaritat a principios de los ochenta, cuyo impulso ya estaba completamente agotado en 1993. En el filo de los noventa ya, estos planteamientos han logrado hacerse con un partido residual, pero de funcionamiento parlamentario, como Esquerra Republicana de Catalunya. El paso táctico al electoralismo, más o menos creíble, no es estrictamente nuevo (sólo hay que recordar el Partit Nacionalista Català en 1932-1933). El relativo éxito electoral de ERE en las elecciones autonómicas de 1992 y en las legislativas de 1993 no significa una expansión necesaria del nacionalismo radical que precisa una modificación sustancial de los mecanismos subyacentes que lo nutren, lo cual siempre es posible. En todo caso, el apego sentimental y simbólico que la «lucha armada» sigue teniendo entre la juventud ultracatalanista (siempre recordado en conciertos de Rock y en encuentros de fútbol o basquet) indica que, aunque se ha dado un cambio cualitativo inmediato, el juego sociológico de fondo continúa vigente por ahora.

6. Conclusión

Como todo otro nacionalismo y, de hecho, como todo movimiento social, el catalanismo incorpora unos supuestos de violencia, con frecuencia expresados retóricamente. En el caso catalán, esta violencia ideológica se sublima, mayormente, a través de los deportes (hace unos años, por ejemplo, el comentarista Vázquez Montalbán aludía al Barça como «el sucedáneo del Ejército de Cataluña»). En la medida que el desarrollo de los deportes se entrelaza con el crecimiento o la expansión social del nacionalismo, el naciente sector extremista asume y al mismo tiempo rechaza esta tendencia, ya tradicional, a la sublimación. La incapacidad de superar esta contradicción ha revelado, a lo largo del siglo XX y hasta hoy, el carácter netamente minoritario del nacionalismo radical y su estancamiento en un ámbito social y cultural desproporcionadamente influyente, pero no por eso capaz de expansionarse.

No se puede augurar, sin embargo, lo que significarán para el modelo aquí expuesto los elementos de cambio que se perciben a finales del siglo XX. Hay indicadores de posibles evoluciones que exigen,

como poco, prudencia. A escala internacional, el colapso del sistema de Estados heredado de la Primera Guerra Mundial que, por primera vez, desde el desafío nazi-fascista, pone en duda la validez de las fronteras, es un proceso curiosamente reforzado por las presiones a favor o en contra de la unificación europea. Ello, a su vez, puede entroncar fácilmente con la proliferación de nuevas formas de *single-issue politics* en las sociedades de alto consumo. En Cataluña, la tendencia hacia el predominio absoluto del sector terciario, propio de las economías avanzadas, tendrá que reflejarse en el ultracatalanismo, siempre tan vinculado a los servicios y más cuando todavía sigue pendiente la definición de la redundancia administrativa del Estado de las Autonomías en cuanto a espacios de empleo lingüísticamente regidos. Además, el centenario modelo de comportamientos masculinos sectoriales aquí descrito podría estar a punto de experimentar cambios significativos en base a la progresiva regresión de los valores propios de la industrialización, de las formas de organización familiar o de la separación de sexos que la nutría, y de la aparente crisis en los patrones de conducta asociativa (la «penya» y su superación por un nuevo tipo de «colla» más abierta a las mujeres).

Como reflexión teórica, vale la pena remarcar el intento de interpretar determinados radicalismos, de forma «sistemática», en una interacción de medios y edades, con implicaciones para una noción de sistema político más allá del marco institucional y electoral. Ello contradice buena parte de las suposiciones habituales sobre la naturaleza «alienada» de los extremismos en una «sociedad de masas». Los modelos clásicos, tipo Kornhauser, plantean una dicotomía excesivamente abstracta entre las «sociedades tradicionales», con sus redes de vínculos, y la supuesta anomía devastada del individuo «masificado»⁶. Si bien sería fácil recurrir a explicaciones derivadas de una hipotética pero necesaria «fase de transición», parece más sensato orientar la reflexión hacia una mayor riqueza de matices actitudinales. No existen hombres y mujeres de psicología-tipo en contextos sociales absolutos, sino personas interrelacionadas por ritmos de edades, sexos y actividades; individuos que no son poseídos por una ideología u otra y que las viven, mediante imágenes, conceptualmente rudimentarias, en sus diversos medios afectivos y laborales.

⁶ KORNHAUSER, W., *Aspectos políticos de la sociedad de masas* (1959), Buenos Aires, 1969.